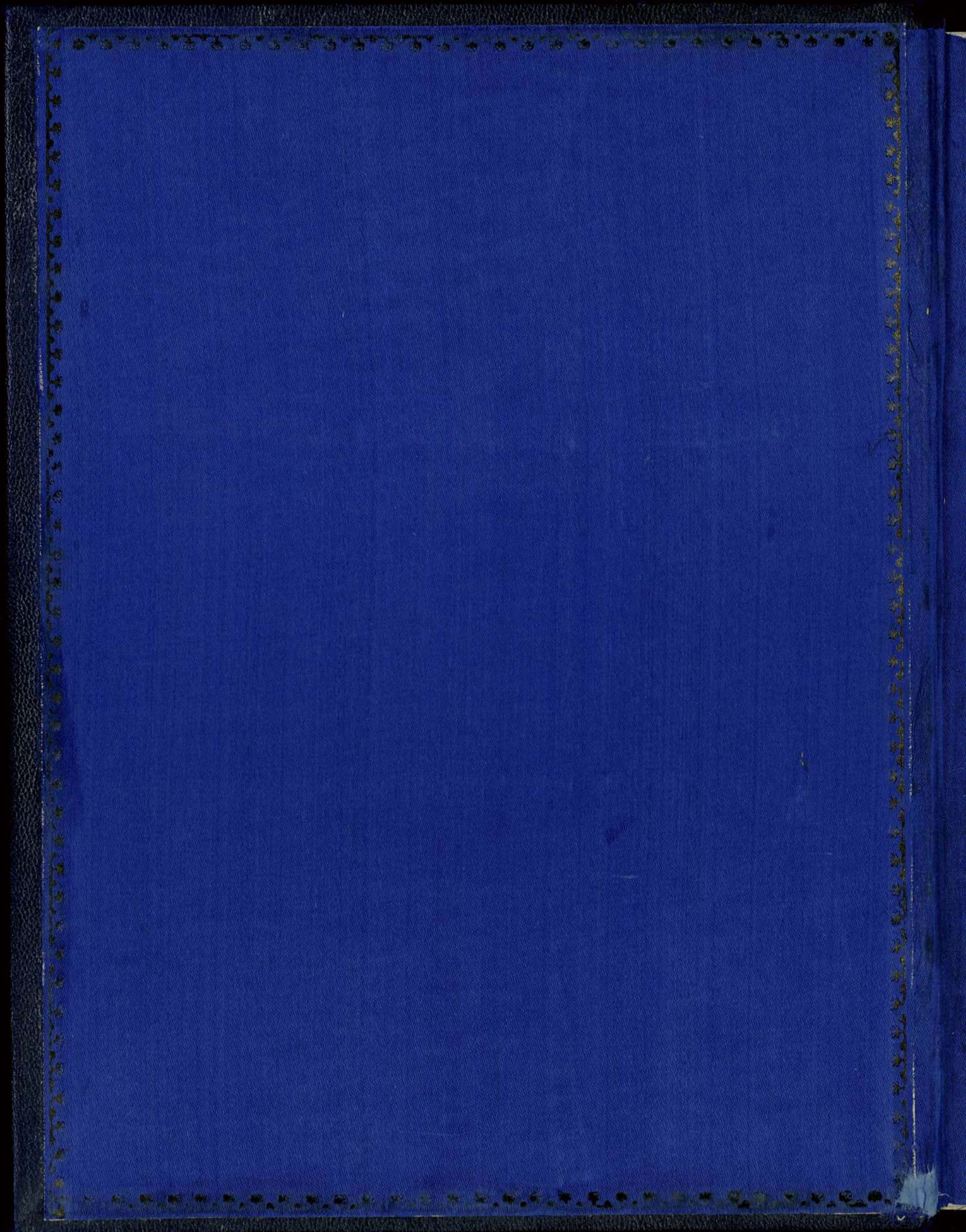
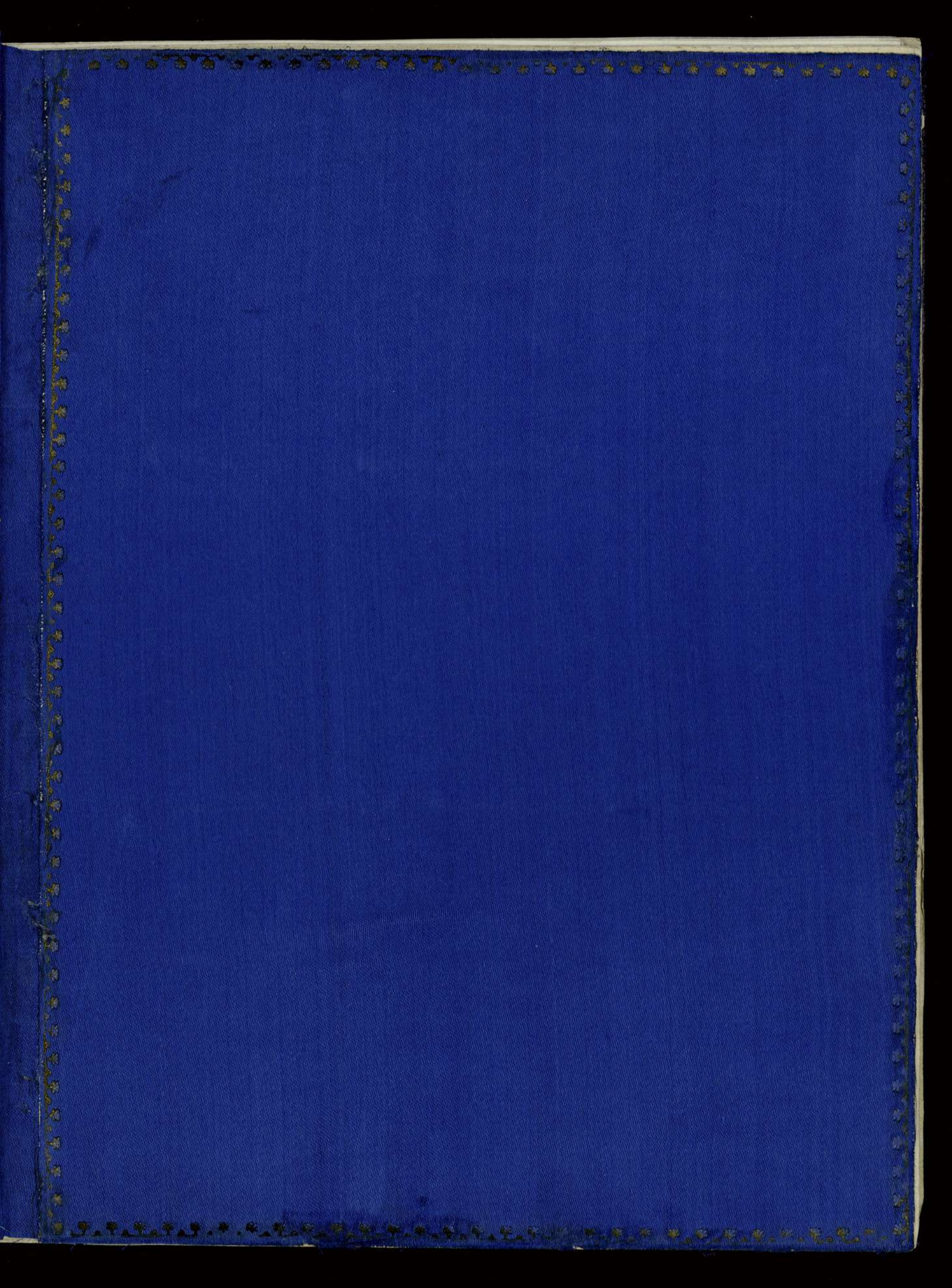
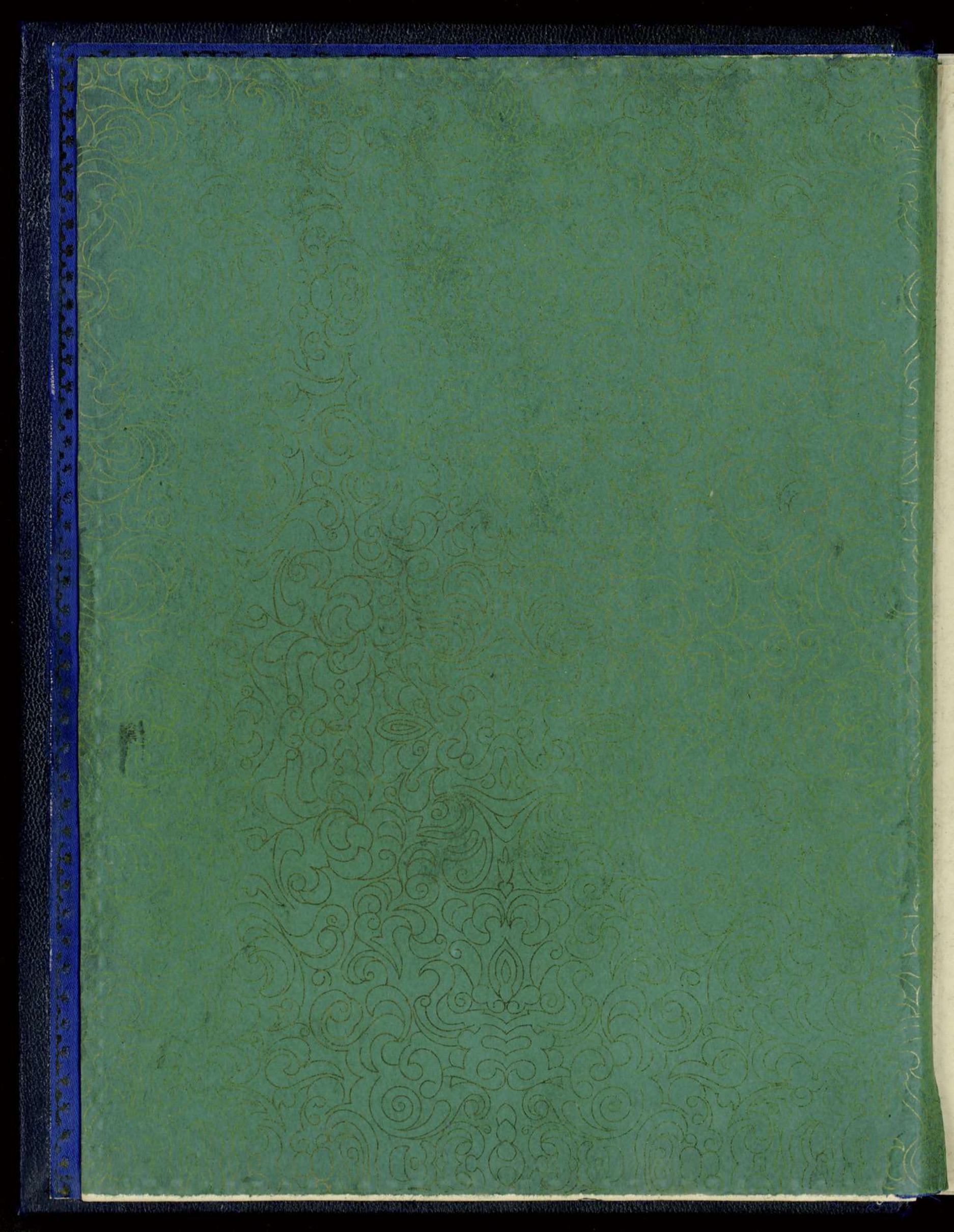










001915

LUNA



LUNA

AÑO II NOCHE DEL 21 AL 22 ENERO DE 1940 NUM 9

Sumario

PAISAJE DE ROSALIA DE CASTRO,	ANTONIO APARICIO
EL ISLOTE (APUNTES PARA UNA NOVELA),	ANTONIO DE LEZAMA
SECUESTRO DE LA MUJER DE ANTONIO,	NICOLAS GUILLEN
REVOLUCIONARIOS Y SENTIMENTALES.	PABLO DE LA FUENTE
IDEAS PARA UN TEATRO NUEVO,	EDMUNDO BARBERO
LA ILUSION AHOGADA (CUENTO),	SANTIAGO ONTAÑON

Cuadernos de Poesía
MANUEL ALTOLAGUIRRE

EL TIRANO, por DON FRANCISCO DE QUEVEDO

NOTAS DE LECTURA, por A. DE L., J. ROMEO Y A. R.

PORTADA E ILUSTRACIONES DE ONTAÑON

ANNUAL

OF THE

PROCEEDINGS OF THE
ANNUAL MEETING OF THE
SOCIETY OF AMERICAN
ARCHAEOLOGISTS
Held at the University of Chicago
Chicago, Illinois
December 28-31, 1901
Published by the
University of Chicago Press
Chicago, Illinois
1902

PAISAJE

DE ROSALIA DE CASTRO

UN camino tendido como una cinta de polvo sobre el campo. Un camino estrecho y amarillo al que rinden honores bucólicos un gentil destacamento de eucaliptus lluviosos. Aquí, con aire de remanso y junquería, toda la poesía pura de Virgilio y de Fray Luis. Aquí también, cielo altísimo y cerros gigantes que galopan huyendo unos de otros, por la orilla del horizonte. Es un camino tendido sobre el campo, sobre la mañana... ¿Dónde comienza este camino regato de pisadas sobre la tierra hecha polvo? Nadie lo sabe. Tampoco donde termina, porque los caminos son vida y la vida no termina nunca. Pasan unos tras otros, los caminos del campo, del mundo; se suceden, se bifurcan, se ensanchan, se angostan, se cruzan; pero jamás se acaban. Sin piedad, sin emoción, sin un adiós. Este que yo recorro ahora, se cruza contra otro, que baja desde una era vecina hasta cortar el mío. En el mismo centro del encuentro, un ciprés solitario iza al aire su negra pesadumbre. Tenues perplejidades asaltan ante las cuatro vías. Este laberinto, sin embargo, surge diariamente, porque todas las claras mañanas que son las mas, vengo, libro al brazo, y el pensamiento, como los cabellos al viento, a dar con esta duda minúscula para vencerla siempre por el mismo proceso. Duda huidiza, tronchada por un aire denso que baja del pinar vecino para dar en las ramas del ciprés vigilante. Es un saludo que gira rápido sobre sí mismo para hacerse inmediatamente despedida. El alma del camino es el alma mas dura del mundo.

Sigamos nosotros. Viñedos a un lado, vastos olivares al otro, todo el paisaje se cuele dulcemente verde por los ojos. Viñas y olivos, y a lo lejos, -per-

dido- las aristas blanquísimas del caserío. Lagares amplios, molinos primitivos; todo el encanto de la vida apartada hecha técnica de antigua agricultura. Por estas dependencias, por éste y por aquellos caminos, van y vienen molliendo rudamente su vida, hombres que la acompasan al ritmo de la rueda molinera. Esbeltez hecha perfección en los álamos, circunda a la casa. Álamos que mojan sus manos en el cristal alocado de un arroyo, que de tanto correr, correr, se hace camino. Camino y júbilo. Yo en cambio, solo algún invierno benigno, alguna florida primavera, vengo hasta aquí, para consumir mis vacaciones, mientras pongo a prueba el pensamiento y el alma. Porque si es verdad que la vida es éxtasis, es el campo donde la encontramos mas arrellanada en su espíritu. Uranidad ésta que nos deja su son, su acorde, cantando en la cabeza, para después quebrarnos la serenidad a fuerza de nostalgia y melancolía. Porque todo no es sino cosa del momento. Puro momento, puro éxtasis. Existe una fugacidad que hace volcar las cosas en lo eterno para hacerlas eternas y mágicas. Y ya pueden pasar años y mas años, que si estais sumidos en la contemplación, al liberaros de ella solo creereis haberla gozado por instantes. Y luego -visión de lejanía, rumor entre las ramas- el recuerdo ya sin posible remedio. Sin retorno. Un camino. Es de mañana. De mañana con lágrimas de rocío y una severidad contemplativa distribuida ordenadamente sobre todos los elementos del campo. Ya van de rama en rama, por los nogales seculares, un rumor de trinos deslumbrados bajo esa epifanía de luz. Si no hay flores, es porque el invierno es enemigo de ellas; pero ved así como el campo no es sino una vasta flor de maternidades presentidas. Es invierno y el campo se brinda húmedo a los sentidos.

¿No ois ese acorde que el viento arranca entre las hileras de los olivos?. Es un húmedo acento invernal. Queja húmeda, lamento, lagrima que se ensarta en una saetilla lírica escapada de las páginas que voy leyendo:

Tiemblan las hojas
y mi alma tiembla...

Los pájaros en estío vendrán a este arroyo, a esta fuente para empapar su garganta; pero ahora el trino se le escapa mojado por la misma escarcha. Y no es solo eso. Nubes que pasan -¿donde?-, lluvias me-

lancólicas, alamedas cubiertas de hiedra, hojas frescas, brisas heladas... paisaje y poesía de invierno. Camino adelante. Al brazo un libro de versos... ¿No suena ya ésto a estrofa rimada? Si no os suena, es que no habeis oido a esta galleguita de rasgos sutiles, cuya poesía voy describiendo mientras camino entre la doble fila de los tristes olivos.

Antonio APARICIO

Se pide la entrada en ARGENTINA de los INTELECTUALES ESPAÑOLES

Debido a nuestros escasísimos medios de comunicación con el exterior, nos enteramos ahora de una gestión realizada en favor de los intelectuales españoles en el mes de Julio del pasado año. Tomamos la noticia de un diario chileno, "El Mercurio", y la publicamos agradeciéndoles su intervención en favor de tan importante sector de la emigración española.

"BUENOS AIRES, 21.- El presidente de la Cámara de Diputados Juan G. Kaiser, recibió un telegrama de París enviado por personalidades del mundo de las letras y las artes de Europa, rogando que se admita en Argentina a los intelectuales perseguidos españoles.

El telegrama está firmado por Aragón, Benda, Cassaou, Durta in, Honegger, Le Corbusier, Malraux, Painlevé, Picasso, Augusto Perret, Renoir, y dice:

"La comisión de recibimiento a los intelectuales españoles hace suyo el llamamiento a la junta de cultura española ante la Cámara de Diputados del generoso pueblo argentino. Ruega a su presidente haga lo imposible para salvar la cultura española seriamente amenazada y solicita un fraterno hogar en la gran patria argentina para los intelectuales españoles".

297

APUNTES PARA UNA NOVELA

EL ISLOTE

(Perez, Fernandez, Gonzalez y C^{ía}),

UNA de las buenas calles que dan al paseo de la Castellana. Amplia, modernísima, con magníficos palacios y excelentes casas de vecindad. Pasajera sin exageración, discretamente alegre, no tiene el aburrido aspecto de algunas del barrio de Salamanca ni el chabacano bullicio de otras, como la de Serrano, que siendo al principio lugar de buen tono, pronto perdió su señorial empaque cuando invadió sus edificios el comercio y cuando el tráfico aumentó el tráfico y la circulación. Sin embargo, poco a poco, se va democratizando y no tardará en ser una mas de las muchas vias madrileñas llenas de escaparates, abundantes en talleres de donde salgan bandadas de pizpiretas chiquillas o grupos de jaraneros mocitos.

La casa es de dos plantas. Amplio portalón y cinco grandes ventanales, uno de los cuales se ha convertido en puerta. Accesos y luces rematan en arcos de medio punto. La segunda planta, y simetricamente dispuestas, cuenta tambien cinco grandes ventanas rectangulares, metálicas, y con persianas de madera. Ni un solo adorno en la fachada, revocada con cemento blanco acremado.

A la derecha tiene dos palacios, uno de tipo renacimiento y otro de gusto francés, que ahora es anexo de una embajada; a su izquierda hay una casa de estilo moderno -moderno hace cincuenta años-, con mucho floripondio, cariatides, hierros retorcidos en

los balcones, y una torrecilla metálica en el centro, rematada por un pararrayos. En uno de los sitios mas visibles del edificio, y en grandes letras negras, campea el nombre y apellido, extranjero, de un famoso industrial que, enriquecido rápidamente, mandó levantar aquella casa que habría de servirle de vivienda y talleres. Ahora es un centro de caracter benéfico, casi oficial.

No es, como se puede observar, muy airosa la presencia de un inmueble que carece de toda ornamentación y que, por no tener no tiene siquiera el encanto de las grandes proporciones.

Ya que lo hemos descrito por fuera echemos una ojeada a su interior.

El portalón, entrada de coches, mejor sería decir de camiones, lleva a un anchuroso patio formado por cuatro naves, tambien de dos pisos. Un garaje, depósito de herramientas, una fuente. Piso de cemento. En las cuatro naves, igual en las de arriba que en las de abajo, largos bancos, máquinas de coser, depósitos de cáñamo y esparto, cuchillas... Un centenar de obreros y de obreras trabajan bajo la áspera mirada de los encargados de talleres.

Las habitaciones de la planta baja que dan a la calle son unos despachos, una salita de espera y una sala de visitas con vitrinas-muestrarios. En un antedespacho un reloj registrador fiscaliza la asistencia y puntualidad del personal.

En la segunda planta son todo oficinas: Personal, Caja, Talleres, Contabilidad, Material, Correspondencia. Aspecto y mobiliario en nada difieren de cualquier entidad comercial moderna. Limpieza, orden, y hasta cierto lujo, pero sin el menor detalle que haga amable y acogedor aquel lugar de trabajo.

Media docena de señoritas escriben a máquina, ocho o diez hombres manejan grandes libroles, hacen largos cálculos, realizan experiencias en un pequeño laboratorio o reciben visitas y consultas.

Dos chicuelos con rojo uniforme van y vienen de un lado a otro.

En el mejor despacho de la casa se han encerrado a piedra y lodo Fernandez, Perez y Gonzalez. La trascendencia de la reunión preocupa a todos: altos y bajos. Llevan cerca de tres cuartos de hora de misterioso conciliabulo. ¿Que pasará?

Si alguien hubiera podido mirar por el ojo de la cerradura desarrugaría el ceño, ya mas tranquilizado. En el centro del despacho, sobre una mesita redondo, hay

dos cajas de cigarros habanos, tres copitas de licor, otras tres de agua, una jarra y varias botellas cuyas etiquetas dicen: "Courvoisier", "Johnny Walker Red Label", "Grand Marnier", pregonando así las aficiones que al coñac, al whisky o al licor tienen los allí congregados. La atmósfera la han azulado y hecho irrespirable los habanos y cigarrillos de rubio tabaco.

Al fin se abre la misteriosa puerta y marchan a la calle Gonzalez, Fernandez y Perez. El primero entra en el Mercedes que aguarda frente al portal. A los pocos instantes llega un Balilla que conduce una pintadísima madama muy snob, con aspecto de virago y Perez se sienta al lado de ella y apenas se pone en marcha el Fiat comienzan a reñir. Fernandez, a pie, llega a la Castellana y coge, al paso, un taxi.

Media hora mas tarde suenan varios timbres y los talleres y despachos se despueblan rápidamente. Primero los empleados, con paso cansino y negligente indumentaria los viejos; acicalados, fingiendo elegancia, la gente joven. Ellas, corrigiendo con la brocha de polvos o la barrita roja los brillos del cutis o la palidez de los labios; ellos alardeando de tenorios y hombres de mundo. Un pequeño grupo de empleados, los mas importantes, van comentando la famosa encerrona de Perez, Gonzalez y Fernandez y hacen toda suerte de cábalas. Finalmente, y a borbotones, es la salida de los obreros. Mas sencillos y espontáneos; se les ve el contento de abandonar el taller, pero en sus rostros no hay satisfaccion y alegría. Caminan rápidamente a sus casas y sus miradas son hoscas y amargas. Solo quedan unos mozos que cargan dos camionetas. Al arrancar éstas se cierra el portal y todo queda en silencio.

Las luces del escaso alumbrado apenas iluminan la calle. La nevada, que empezó con el día, y sigue cubriendo de blanco el suelo, los tejados y las ramas de los árboles.

La gente, aterida de frio, pasa rozando las paredes. Unos guardias civiles de cara torva y provocadora caminan con dirección a la Castellana donde tienen su cuartel.

Una pobre mujer, con un niño de pecho en sus brazos, casi descalza, busca a quien pedir remedio a su indigencia. En la esquina hay tres gigantes envueltos en azules albornoces forrados de blanco. Son tres moros de la escolta del generalísimo. Una llamarada de ira en los ojos de la mendiga, pero el niño llora, y ella

madre por encima de todo, pide limosna a los soldados extranjeros, que la rechazan con gesto airado. La mujer aprieta contra su corazón a la criatura y al pasar por la casa donde una gran muestra reza: "Auxilio Social" entra en ella para salir a los pocos instantes sollozando...

La calle, blanca de nieve, está solitaria. Solo transita por ella, hundiendo sus rotos zapatos en su helada alfombra, una madre que lleva abrazado un niño que llora de hambre y de frío.

Antonio DE LEZAMA



SECUESTRO DE LA MUJER DE ANTONIO

Te voy a beber de un trago,
como una copa de ron;
te voy a echar en la copa
de un "ñon",
prieta, quemada en ti misma,
cintura de mi canción.

Záfate tu chal de espuma
para que torees la rumba,
y si Antonio se disgusta,
que se corra por ahí:
¡la mujer de Antonio
tiene que bailar aquí!

Desamárrate Gabriela.
 Muerte
 la cáscara verde,
 pero no apagues la vela;
 tranca
 la pájara blanca,
 y vengan de dos en dos,
 ¡que el bongó
 se calentó!

De aquí no te irás, mulata,
 ni al Mercado, ni a tu casa;
 aquí moleran tus ancas
 la zafra de tu sudor:
 repique, pique, repique,
 repique, repique, pique,
 pique, repique, repique,
 ¡po!

Semillas las de tus ojos
 darán sus frutos espesos;
 y si viene Antonio luego,
 que ni en jarana pregunte
 como es que tú estás aquí...
 Mulata, mora, morena,

que ni el más toro se mueva
 porque el que más toro sea
 saldrá caminando así;
 el mismo Antonio, si llega,
 saldrá caminando así...

Repique, repique, pique,
 repique, repique, ¡po!
 Prieta, quemada en ti misma,
 cintura de mi canción...

Nicolas GUILLEN

REVOLUCIONARIOS Y SENTIMENTALES

UN tipo clásico de la literatura rusa de antes de la guerra y de mucha de la posterior, es el del revolucionario. Aparece en un pueblo un hombre misterioso, parco de palabras, de atractivo aspecto y profesión indefinida que, poco a poco, va reuniendo en torno a él a los mas activos de los esclavizados campesinos o los mas inteligentes de los obreros de las fábricas. Este personaje, de segunda fila en la obra, acaba cayendo en manos de la Okrana y el pueblo se ve libre de él y en muchas casas respiran con mayor satisfacción. Todo va a seguir como antes y siempre es mejor que sea así, ya que dentro del paisaje vital conocido transcurre mucho mejor la monótona existencia. Y la monotonía se toma por sinónimo de la paz.

La figura de este revolucionario literario ha atraído a gran parte de la juventud intelectual del mundo hacia las filas obreras. De la misma manera que los estudiantes de Andreiev se juramentaban para hacerse médicos o maestros rurales y extender así sus doctrinas revolucionarias a todo lo ancho del país, muchos de nuestros estudiantes pensaron que el entrar dentro de los partidos obreros les iba a dar ya el tinte novelesco de sus personajes admirados. Había, si, una razón positiva, la auténtica miseria de los explotados y sus afanes de redención social. También otra, negativa, les movía: el odio a la sociedad que les rodeaba y que, por el espejo de sus familias o los círculos en que se desarrollaba su vida, la encontraban chabacana, cobarde, miope y miserable.

Pero ¿y despues?. Empezaba entonces un áspero contacto con unas masas que los acogían con desconfian-

za. Durante toda la vida de las sociedades obreras se ha visto llegar a ellas racimos de sentimentales pequeño-burgueses a los que la rudeza de la vida de lucha gris, sin novelistas al lado para recoger el tipo, y con policías enfrente para refrescar el entusiasmo, hizo desaparecer con uno u otro pretexto, generalmente enmascarados de extremismo. Por eso la tradición obrera lleva dentro de la cordialidad del nombre de camarada, que da a todo el que viene a formar parte en sus filas, una reserva íntima que la sensibilidad del intelectual acusa rápidamente.

Hay un camino de salvación. Desprenderse de todo aquel prejuicio romántico y ver las cosas sencillamente. En un sindicato no tiene nada que hacer quien no sea obrero de aquella industria en la que trabajan sus afiliados. Pero no se trata de hacer aquí la teoría de la incorporación de los intelectuales a la lucha social.

El hecho es que sólo quedan los más energicos, los mas abnegados. Y poco a poco, la teoría por un lado y los ejemplos diarios por otro, aquel estudiante, aquel poeta, aquel sentimental se va endureciendo y todo su valor sube al ampliarse la órbita de repercusión de su trabajo.

Decía Chapovalov: "Cuando tenía creencias religiosas veía las cosas claras. Despues pasé una etapa de confusión, pero cuando me hice marxista volví a ver claro". Ver claro. Esta es la angustia del intelectual que está acostumbrado a resolver ideológicamente sus problemas y cuyo apoyo para una vida que ha recogido, demasiado pronto, más teorías que experiencias, ha sido siempre buscado en los libros.

Cuando se ve claro se entra en la serenidad. Por eso se destruye toda la eficacia de la represión y es inútil el feroz ataque que el cuerpo revolucionario recibe desde todas las aspilleras de los opresores, ya sean éstos empresas capitalistas, prensa burguesa y, sobre todo, Estado policiaco. Junto a lo heroico de esta lucha, que es lo que se ve desde fuera, y que sirve casi siempre de elemento de propaganda, está lo gris, lo hundido en la vulgaridad diaria, están esas fichas de la policía que sirven para que en cada fecha de alguna significación social tengan que buscar un cobijo de ocasión los revolucionarios o sean sorprendidos en sus domicilios, de madrugada, y arrebatados de junto a la compañera entristecida y el llanto de los niños recién despertados.

Así se va haciendo el temple. Sin darse cuenta va apareciendo ese molesto aire de superioridad de que tanto se acusa al revolucionario-tipo y que no es otra cosa que confianza en la causa a que esta dedicado. Es entonces cuando -ya distante del pensamiento el recuerdo de la novela rusa- el tipo extraño de la literatura social aparece, y aquellos amigos que se separaron hace tiempo de la ruta emprendida observan un sentido diferente en los rasgos del rostro reencontrado.

Porque el hombre esta compuesto de dos elementos. El ideológico que mueve y el vital que resiste. Hablando con intelectuales-tipo resulta difícil llevarles a comprender que la personalidad se encuentra al renunciar a la carrera desahogada tras ella. Como en el amor y en todas las grandes cuestiones de la vida, la victoria es del que se mueve lentamente, pero con constancia.

Otro momento de prueba son las crisis políticas, cuando, como ahora ocurre, parece fracasar todo y el fondo egoísta se levanta clamando "nada merece la pena". Cada tormenta de esas se lleva multitud de cabezas débiles en las que aun ejercía influencia el sentimentalismo. ¡Y hay tantos ejemplos de pesimistas en la literatura que le ofrece a uno cobijo!. Veamos a Baroja, al que hemos dado tantos toques en estas columnas. Niega todo y en esa actitud va buscando una mayor comodidad para su interés personal. Le oí decir que le preocupaba mas encontrar aspirina para sus dolores de reuma que todos los problemas sociales. Cierto. No se le puede criticar por eso. Allá él. Pero un revolucionario no puede encontrar en su criticismo mas que un ejemplo de ese anarquismo pequeño-burgués, desalentado a priori, y que para un intelectual es tan cómodo como para un obrero desastroso: un esclavo sin esperanza ¡que dolor!.

Recogiendo el tema inicial de estas divagaciones, hay que concluir que si el sentimentalismo basta para acercarse a las filas obreras no le sostiene a uno en ellas si no es substituido por una sólida experiencia de lucha. Y no de lucha dialéctica de tertulia, sino de política práctica.

Caen los ideólogos frente a las doctrinas, los críticos frente a los realizadores, los personajes frente a lo social. Y con una doctrina de realidades sociales y con una dura escuela de lucha. ¡Cuántas cosas se derrumban y qué claro se ve todo!

Pablo DE LA FUENTE.

NOTAS POLITICAS

Las preocupaciones de Alemania se descubren en un discurso de Goebbels en el que dicen confiar en que el Führer los saque de este apuro lo mismo que consiguió sacarles de otras situaciones comprometidas. Frente a este discurso la semana se señaló con otro de lord Halifax, quien aludió a la necesidad de una paz de venganza si Alemania demuestra que es incapaz de darse un Gobierno que cumpla con la palabra dada.

No queremos anunciar aun el viraje. Pero en unas palabras del Ministro de la Gobernación se habló en un tono mas comprensivo que hasta ahora y por primera vez no salieron de sus labios amenazas para los vencidos. Mas qué otra cosa lo achacamos a que el ambiente de condenación para el terror sin medida a que sometieron a nuestro pueblo ha llegado ya hasta él y quiere, de palabra, naturalmente, aparecer teñido de bondad.

Ideas para un teatro nuevo

EN mis artículos anteriores señalaba las diferentes causas que a mi juicio han contribuido a la decadencia del teatro en España. En éste trataré de demostrar lo que -también a mi juicio- podría hacerse para el resurgimiento de nuestra escena.

El remedio mas racional y lógico, sería cerrar todos los teatros y no abrir mas que aquellos que reunieran determinadas condiciones dentro de un plan a desarrollar aceptado de antemano y con una compañía seleccionada. Sin embargo este remedio hay que deshecharlo. Son tantos los intereses lesionados y las personas perjudicadas, víctimas del medio ambiente, que es de todo punto impracticable.

Lo primero que necesita nuestro teatro es una ley rígida de espectáculos y que esta ley se cumpla al pie de la letra. En ella podría recogerse lo ya legislado respecto a los locales haciendolo cumplir a propietarios y empresarios. Exigir que los teatros reunieran el mismo confort y estuvieran tan cuidados como los cines modernos. Nuestros teatros actuales huelen a moho. Hacer que se vuelva a delimitar el campo de acción de las compañías. Es decir, volver a clasificar a estas en géneros, dejando como excepción un número limitado de ellas con la garantía de una dirección capacitada, para que éstas, de una manera atrevida presentaran los mas diversos géneros teatrales a la manera de los teatros experimentales europeos.

A los empresarios de los teatros corrientes se les exigiría que al presentar sus proyectos en las temporadas, determinasen que género iban a representar y una vez aceptado no podrían representar otro. De

este modo el teatro Español, de Madrid, como le corresponde por su historia sería como el museo de la escena. En él, además del teatro clásico español y extranjero, se representarían aquellas obras dramáticas que por su calidad literaria y la altura de miras del autor fueran dignas de tal escenario. La empresa debía ser el mismo ayuntamiento y en su defecto el concesionario contar con una fuerte subvención.

Dos locales -el de la Comedia, por ejemplo, y otro-, deberían estar dedicados a la comedia moderna y lo que hemos dado en llamar alta comedia, representándose en ellos toda la producción universal.

Lara podría seguir su historia representándose la comedia de costumbres. El Infanta Isabel continuar con la comedia de humor. El Cómico dedicado al sainete. Un teatro que sustituyera a Eslava -es un crimen que este teatro funcione como tal- podría explotar el "vaudeville", siempre que este fuera ingenioso, sin groserías de frase y sin importar en cambio lo escabroso del tema. Un teatro que sustituyera al Reina Victoria y Martín podrían explotar la revista exigiendo las mismas condiciones que al dedicado al "vaudeville". La Zarzuela y el Calderón son los más indicados para el género lírico. Uno para Zarzuela clásica y otro para opereta y producción lírica moderna. Fuencarral, Latina y Pavón para el melodrama y otros géneros populares. Chueca y Pardiñas para el género lírico popular. Estos cinco últimos teatros podrían cambiar entre sí sus géneros cada seis meses por encontrarse enclavados en barriadas opuestas. De este modo el público de estas barriadas disfrutaría de una variedad de espectáculo. Los teatros Fontalba y Alkazar deberían estar dedicados al experimento. Con una dirección competente, con un conjunto de compañías muy completo y flexible, y donde se ensayaran desde la tragedia hasta la revista todos los géneros teatrales, con la postura escénica más atrevida y los juegos de luz más audaces. Y por último, el Muñoz Seca y el Coliseum dedicados al varieté corriente y a las grandes atracciones. De este modo el público sabría siempre la clase de obra o de espectáculo que iba a haber en cada teatro.

El organismo ideal que rigiese los espectáculos, habría de contar con una censura muy severa para admitir las obras exigiendo siempre calidad en la producción dramática. Caso de rechazar muchas obras y de faltarle estrenos por lo tanto para abastecer las carteleras, exigiría la reposición de obras maestras

del repertorio, que siempre es mejor que estrenar obras mediocres. Esta severidad exigiría asimismo competencia en los actores para ser contratados, como para su ascenso, impidiendo con ésto el capricho de autores y empresarios que tanto perjudica para la formación de actores sobre todo en el elemento femenino.

Las provincias se regirían por este mismo sistema de una manera racional. Según el número de teatros que contara cada una se dividirían éstos en dos, unos dedicados a los géneros serios y otros a los ligeros. Las compañías de tournée también estarían especializadas, tomando cada una el género que le pareciera mas apto para sus componentes, nutriendose su repertorio del de Madrid que tomara por modelo. De esta manera además de una seguridad en su perfección escénica, contribuirían a que el espectáculo no resultara tan monótono como hoy en día. Los actores especializados en géneros y no en papeles, como sucede con el teatro de hoy, darían un mayor rendimiento. Los que resultaran excepcionales deberían ser seleccionados para las compañías experimentales, que tendrían su representación en provincias imitando a las de Madrid.

Estas compañías lo mismo en la capital que en provincias gozarían de cierta independencia, para seleccionar actores de otros teatros y compañías, para elegir los decoradores, mueblistas, sastres, etc. Para el resto de las compañías, el decorado y figurines habrían de pasar por el visto bueno del organismo rector del teatro, lo mismo que las obras. Así habría una garantía de que la postura escénica estaría de acuerdo con la producción dramática.

Formadas las compañías por el orden lógico de las mejores para los géneros mas nobles y desterradas de las dedicadas a los géneros inferiores las obras chabacanas o mediocres, el gusto del público se iría corrigiendo rápidamente. Como estímulo para los empresarios el organismo del teatro podría subvencionar a aquellos que se superaran dentro de las condiciones exigidas. El actor que como todo interprete en arte es producto siempre de la calidad de lo que interpreta, alcanzaría rápidamente un rango artístico hoy día desconocido. Al representarse la tragedia y toda la producción elevada del teatro en general, sería lógico esperar que surgiera una figura o varias dignas de emparentar con los nombres de La Tirana, Teodora Lamadrid, Matilde Díez, María Guerrero, Maíquez, Vico, Valero, Calvo, Morano, Tallaví.

Para la formación de los futuros autores habría de reformarse totalmente el conservatorio, en lo que a declamación se refiere. Debería crearse un profesorado nuevo de una gran competencia. Cátedras nuevas. Exigir a los alumnos asistir a clase -o bien tenerlas dentro del mismo conservatorio- de idiomas, de estilos, de trajes, de esgrima y otros deportes, de solfeo, de baile, de canto, imprescindibles como auxiliares unos de otros aunque el actor no piense dedicarse al baile o al canto ni el cantante a la declamación. Para ingresar, a los alumnos se les exigiría el bachillerato o por lo menos una cultura general mas que discreta.

Aunque hasta ahora -salvo excepciones- ningun premio del conservatorio ha servido para nada, no por eso puede desconocerse que es insustituible si esta bien desorganizado. Como complemento, este centro debe contar con un teatro donde los alumnos practiquen constantemente.

Lo mas difícil que se ofrece para una renovación del teatro es crear directores y ésto si que es imprescindible. Todo teatro habría de tener un director, que una vez aceptado por el Estado o por la Empresa particular, sería la autoridad máxima dentro de él. Elegiría las comedias que habrían de presentarse a la censura, los interpretes, el decorado, los figurines, los muebles, el atrezzo, las luces, y repartiría los papeles segun su criterio.

Quedan muchos pequeños detalles de índole interior, que ya no influyen de una manera indirecta en la reforma del teatro. Con lo ya apuntado hay bastante, para que los no profesionales se formen una idea de lo que precisa nuestro teatro para renovarse dentro de una nueva organización.

Edmundo BARBERO



LA ILUSIÓN AHOGADA

(CUENTO)

ANTONIO Sierra era un puro ejemplar de esa especie humana que en América española llaman "aplatanado". Emigrado cuando solo contaba dieciseis años, había conseguido a fuerza de trabajo incesante, reunir una pequeña fortuna cubriendo así sus deseos e ilusiones.

Allá en Cuba, Antonio conoció una serie de sensaciones que le eran negadas en Fuentefría, su pueblo, que nunca olvidara. Conoció lo agotador de un trabajo sin descanso, pero este mismo le proporcionó el oro suficiente para saborear las delicias del confort y cumplir las peticiones de lo sensual que dentro de él le reclamaban.

A pesar de la dureza de los primeros tiempos, de lo ingrato de los primeros años de su juventud, Antonio Sierra era feliz. Conocía el perfume salpimentado de las carnes oscuras, el ritmo obsesionante de las melodías antillanas; cultivó su espíritu lo suficiente para admirar la gracia de la palmera y educó sus sentidos para saborear los frutos de la tierra ubérrima. Había amado y sufrido por estos amores, que también esto entra dentro del ancho y dulce límite del amor. Podía, debía ser completamente feliz... Sin embargo no lo era. Faltaba a su felicidad algo lejano que no se separaba ni un instante de su recuerdo: Fuentefría. Ese profundo misterio, esa inexplicable permanencia dentro de su ser del pueblo que lo vio nacer, no se borraba de su pensamiento. Como a tantos otros, el inmenso imán de su tierra le atraía. No podía olvidarla. En vano las palmeras refrescaban el rubor de la tarde, y la cal de los muros habaneros era hermana de la cal de su casa nativa; el ardiente amor de la mujer mestiza le dió paraísos de canela y el mar atlántico perfumaba el aire que envolvía su casa blanca, la suya, la propia, que no conseguía olvidar. Pasaban los a -

nos prometiéndose siempre: "El verano que viene iré a Fuentefría, veré a mis padres, a los amigos, a la torre alta de la parroquia, los bosques de castaños, el río rumoroso, el valle todo en su recinto de piedra". Pero este viaje se aplazaba y se sucedían los solsticios y el retorno no llegaba. Y así se fué pasando su juventud y los años, sin borrarsele de su memoria las cosas y los seres tan queridos, por abulia unas veces, por ese perenne "iré dentro de poco". Se fué espaciando la correspondencia, y sin comprenderlo en su fuero interno pasaban los años sin poner una letra a quienes con tantas ansias la esperaban. Todo esto no impedía que Antonio, de temperamento melancólico, dado a la ensoñación, pasase por épocas de una de presión espiritual muy próxima a la neurastenia. Gustabale pasear a la orilla del agua y clavaba su mirada en la línea del horizonte adivinando la sucesión de ellos hasta llegar al último, aquél donde en su límite, se veía blanco y alegre Fuentefría, saludándole como un pañuelo.

Muchas tardes se reunía con Bartolomé, su íntimo amigo, compañero de emigración y como él, oriundo de Fuentefría. Erán estos paseos para ellos un recordar incesante de sus primeros años.

Antonio hizo un alto en el caminar y mirando fijamente al horizonte con la vista en un punto que a él se le antojaba la recta exacta hacia la veleta de la torre de su pueblo, dijo:

-¡Qué tremendo misterio es éste, Bartolomé, esta atracción de la tierra que pisaron por primera vez nuestras plantas! ¿Por qué querremos tanto al lugar donde vinimos al mundo?

¿Verdad que Fuentefría, en realidad, no es nada extraordinario? Sin embargo para mí, aquella plaza con el muro grande, con sus casas encaladas y grandes rejas que nacían del suelo! Y aquél ruido tan nuestro, de los castaños cuando el viento movía sus hojas dulcemente. ¿Recuerdas? Todavía no he encontrado un arroyo tan claro como el nuestro, de redondas piedras tibias al borde del agua, calientes como el pan recién cocido en su parte mas alta. ¿Recuerdas las moreras? ¿Y el Pico del Cuervo? ¿Y el moral aquél donde refrescábamos con su fruto rojo al final de nuestras largas caminatas por los montes? Todo, desde aquí, me parece único, lo mas hermoso del universo. Muchas veces recuerdo nuestras compañeras de los juegos de la infancia que hoy serán ya unas mujeres soñando con amores, y alguna, quizá, con la ilusión puesta en nuestro retorno. Cuando vienen a mi memoria Rosario, Asunción, Teresa, las imagino hermosas, de blanca tez y ojos enamorados...Deberíamos volver. Tenemos dinero, allí podríamos mejorar la vida de los nuestros.

Y Bartolomé, contagiado de su melancolía, le decía:

-Quizá tengas razón; dentro de seis días hará veintitres años que salimos de allá, llevo la cuenta, hemos rebasado la aspiración que de allí traíamos... A los míos les gustará conocer a Asunción, mi mujer, y a los chicos, que al fin y al cabo son nietos de ellos, ¿no crees?. Todavía nos quedan unos años para gozar de la vida, conocer nuestra patria; después se espera mejor allí a la muerte...

La muerte obsesionaba a Antonio y esta palabra era como una gota de agua helada dándole constantemente sobre lo más vivo del alma. Entristecido, nostálgico, prosiguió.

-No quisiera morir lejos de aquello. Para reposar eternamente no hay nada como la tierra propia; el confundirse con los cuerpos de los nuestros. Aquél cementerio con los muros blancos y sus dos cipreses oscuros como dos exclamaciones de exaltación a la muerte, es donde yo quiero descansar. La muerte allí, tan callado todo, tan alegre, ha de ser más dulce, más consoladora. ¡Parece un jardín!. Además, piénsalo bien Bartolomé, no queremos a todo aquello por ser hermoso, ni mejor que otros lugares, sino porque es nuestro, porque en realidad es una parte de nosotros mismos. ¿De qué me sirve a mí este color de aceituna que me presta este cielo, si la sangre nació de allí, de aquella tierra, de aquellas piedras, si solo se estremece al oír la canción que me cantó mi madre por vez primera? Hay que volver, Bartolomé, hay que volver...

Y así un día y otro día, y otro y otro más. ¿Por qué no lo hacían? No sabían por qué. Bartolomé tenía su mujer, sus hijos, un hogar hecho, feliz. Los chicos se educaban en una escuela, en Fuentefría no lograría encontrar una parecida. Los hijos tenían que hacerse hombres. Antonio no se decidía por un imperativo de su falta de voluntad, por una indecisión en la realización de sus deseos, que se agarraba a su carácter, frenándole, impidiéndole todo gesto o impulso de hacer realidad los proyectos.

Y pasaba el tiempo.

...

Trinidad era en la vida de Antonio una fuerte amarra sujetándole al borde un puerto de deseos. Cuando el ansia de volver a España abrasaba el corazón de Antonio, Trinidad consumía este fuego, lo anulaba con la llama de una voluptuosidad avasalladora, como una catarata de placeres. Miraba hacia los suyos, hacia Fuentefría y a sus ojos nacían olas viajeras con rumbo a sus amores más puros, pero volvía los ojos y un frío cuchillo las cortaba, la hermosura de Trinidad, el deleite sensual de su carne tostada, la dulzura de su voz, la caliente

humedad de sus labios...

Y la nave seguía dentro de esa bahía de pasión.

Pero llegó un día, el día señalado. Trinidad era veleidosa y buscó el amor en otra playa. Antonio quedó solo con las amarras rotas, levada el ancla, libre al mar y a los vientos.

Esta separación agudizó su melancolía que se iba convirtiendo en hastío. Se encontraba tan solo, tan huérfano de afectos que lloraba en silencio por sí mismo.

-Es el momento.-se dijo- Ha llegado la hora.

Arregló rápidamente sus asuntos. Liquidó su casa de junto al mar, completó su equipaje. Llevaba regalos a los suyos. Llevaría su coche. ¿Qué dirían en Fuentefría cuando vieran entrar a Antonio Sierra en su propio automóvil?. Sería el primer fuentense, después del marqués, que poseía uno. Fué a ver a Bar Bartolomé para comunicarle su decisión. A este le pareció muy bien; él no lo hacía por el momento. El hijo menor terminaría el bachillerato aquel mismo año. "Diles allá, que el año que viene, sin falta, me verán llegar por el camino de las morenas".

Se despidieron emocionados.

-No te pongas triste, hombre; total un año sin vernos no es para tanto- le dijo Bartolomé sonriente. Antonio, por que no vieran lágrimas en sus ojos cortó la despedida y salió rápido decidido ya, a hacer solo el viaje de regreso.

Primero fué la mar, después la costa de su patria. ¡Qué emoción al divisar, allí entre una bruma rosa que se levantaba como una leve cortina sobre la línea esfumada del horizonte, una oscura mancha de perfil quebrado! En España, la patria, el lugar de la tierra en el que se escondía otro mas pequeño, mas insignificante que todos, pero para él mas hermoso, el mas querido.

Al pisar tierra nativa Antonio sintió una emoción tan grande que se hacía sensible en su organismo. Un temblor estremecía todo su ser, los ojos se enturbiaban mientras sentía latir la sangre en los pulsos. Hubiese deseado tener unos brazos inmensos, infinitos para abrazar todo cuanto veía. A punto estuvo de arrodillarse y besar la tierra. ¡Era España! El corazón era una flor abriéndose a la mirada del sol.

A medida que estaba mas cerca de Fuentefría, mas fuertes eran las ansias de correr hacia él. Ahora veía en su recuerdo a sus padres, tan precisos, con tal claridad que le parecía tenerlos entre sus brazos. Le remordía la conciencia al pen-

sar que muchos días pasaron sin que esa sagrada memoria le estremeciese, y esto le dolía. "Allí encontraré a todos, el pueblo estará igual, todos un poco mas viejos, las casas igualmente envejecidas pero estarán todos allí. ¿Por qué los querré tanto?"

Se había hecho el desembarco de su coche. Cargó con el abundante equipaje y tomó el volante. Dentro de tres horas estará allí, -se decía-. Llegaré a la hora de comer... A mi madre la emoción le quitará el apetito, para eso llevo tantas golosinas. Será la reina del pueblo. Tendré que hacer una escuela. Habrá que pensar en hacer alcantarillas, aquello está un poco atrasado.

El cuentakilómetros del coche no bajaba de ciento. Pasaban los árboles velozmente a las orillas del camino. Le faltaban pocos kilómetros. Antonio iba notando el cambio de vida y, por lo tanto, del paisaje. Había muchas mas casas; Cuevasdel Camino había progresado enormemente; en el centro del pueblo una enorme fábrica de opaco color gris esparcía como una artificial niebla polvorienta. Leyó un gran letrero: "Cementos España". Los cables del transporte aéreo cruzaban la pequeña villa; cerca del río, en el lugar llamado "la alameda", una gran barriada de hoteles modernos miraba su gracia en un gran remanso.

¡Caramba! y que ha progresado Cuevas... Es lastima. Me gustaba mas antes... Esa fábrica tan gris, tan triste, le quita alegría...

El carburador de su coche respiraba satisfecho como esos caballos pura-sangre lo hacen después de una carrera victoriosa. Ahora llevaba Antonio el río a su derecha. Los álamos que crecían a los bordes del agua eran ahora enormes, erguidos con elegancia digna de ser cantada en un romance antiguo. De pronto reconoció la casa de tío Ventura. Pisó levemente el acelerador para adelantar unos segundos la llegada. Frenó al pasar por ver si reconocía a alguien. Mas, ¡qué dolor!; la casa estaba derruida; las ventanas y puertas arrancadas, la techumbre en el suelo; los muros estaban negros en su interior, de humo, por el fuego de los gitanos trashumantes y los pastores. Debía de llevar así mucho tiempo, hierbas salvajes y un acebo de amarga savia crecía entre los muros derrumbados.

Antonio reanudó su marcha velozmente. Le preocupaba una conducción eléctrica que parecía perseguirle allá en lo alto.

¿Habrán puesto luz eléctrica en Fuentesfría?... No me gustaría.- pensaba.

Ahora el río se ensanchaba considerablemente. Si no fuese por la peña del Cuervo que ya divisaba y la silueta del monte

"Las Moreras" no reconocería su país. La carretera subía un pequeño repecho entre dos suaves colinas y dejaba el río a la derecha.

Al llegar allí, -se decía mirando la cumbre de la subida-, veré Fuentefría. Pisó fuerte, el coche dió materialmente un salto.

Al coronar la cuesta, Antonio quedó petrificado, tuvo que frenar como ante un peligro inminente, para no perder los sentidos.

¿Qué era aquello? ¡Dios mío! ¿Es posible?. No puede ser, no puede ser... Me he equivocado, me he confundido de carretera.. Pero nó, allí estaba la Peña del Cuervo y las Moreras y la sierra de los Gavilanes y allí el castillo en la cima del monte Condal. ¡Era!, ¡Era!. Pero... Tenía ante sus ojos un enorme lago. Al fondo, una línea ligeramente curva contenía las aguas. Junto a la presa, una gran fábrica de energía eléctrica industrializaba el panorama. La carretera seguía amplia, confortable, toda la periferia del lago.

Con nada se puede comparar este dolor inmenso que paralizó al desgraciado Antonio. Bajó del coche y se quedó mirando fijamente las aguas.

-Allí está, allí están todas mis cosas queridas, todas mis ilusiones, la mansión que yo tenía reservada a mi corazón, la tierra que yo tenía escogida para última morada.

Veía el pueblo sumergido, envuelto en la verde penumbra del agua. Aquél silencio imaginado le oprimía el corazón.

-Mi casa, mi blanca casa, de blancas paredes, entre las que soñé con lejanas tierras ahora vistas y otra vez lejanas. ¿Cómo estará la fuente con su gallo de hierro forjado descansando en el pilar del centro? El reloj de la iglesia, ¿en qué hora estará detenido?. ¿Qué hora marcará a la sirena malhechora que torció el destino?

Veía su casa allá en el fondo y veía a su madre llorar a través de la reja como hacía tantos años la vio llorar cuando él partía.

¿Qué habrá sido de ellos? Habré de buscarlos. No pueden estar lejos.

Por la carretera avanzaba un jinete en parda mula cargada con dos grandes sacos de trigo.

-¡Eh!, buen amigo, ¿qué ha pasado aquí?

-¡Qué qué ha pasado!, respondió el jinete sin comprender la pregunta.

-Sí. ¿Qué ha sido de Fuentefría?

Allí abajo lo tiene usted. Hicieron la presa, nos dijeron que nos teníamos que ir, que el agua venía...y nos fuimos. Se

hizo otro pueblo a unas leguas de aquí y allá estamos. No nos hizo mucha gracia pero era orden del gobierno. Ahora tenemos luz eléctrica y todo.

-¿Usted era de Fuentefría?

-De allí soy.

-¿Conocía usted a los Sierra?

-¿A Manuel y Josefa, los del campillo?. Ya lo creo que los conozco; tenían un hijo allá en las Américas que tiene mucha moneda. ¡Los pobres no podrán disfrutarla!

Antonio se estremeció.

-¿Qué les pasó?

-¡Qué les va a pasar! Les echaron de su casa, de Fuente -
fria; parece ser que su hijo no les escribía y ya eran vie -
jos. La pena los mató. Primero ella, después el viejo. Tenga
usted hijos para eso.

Antonio no quiso oír mas. Sin despedirse, como un automata,
se alejó del caminante. Este le vió marchar, sin comprender.
Se acercaba al agua. Roto, destrozado, como si sus huesos se
hubieran convertido en blanda goma, sin fuerzas para soste -
ner su pobre humanidad desamparada. Como un mar rebasando
sus confines, como una tromba de nieve cayendo sobre un val -
le, así una tristeza, un dolor sin límite posible le acababa.
Llegaron a su memoria todos los dolores pasados, los desenga -
ños, la última desilusión de Trinidad, el vacío de su vida y
más ahora que había perdido aquello que no falta nunca a la
cita: el amor de sus padres. Se veía un miserable, causante
de la muerte de aquellos dos viejecitos aniquilados por la
pena... Fuentefría allí sumergido, con todo aquello que tanto
ansiaba volver a ver y ahora con una barrera de agua mas a -
marga que sus propias lágrimas. Pensó que su vida perdió el
punto de arribada, solo Fuentefría allí intacta, le esperaba
con su silencio submarino y su blanco cementerio acogedor a
su muerte deseado.

"Todo se ha perdido, todo"... La mas grande ilusión destrui -
da, ahogada por una civilización de la que huía.

Estaba en el sendero por donde abandonó sus amores; por él
había de hacer el retorno. Como un muñeco, ya en la región
de la locura, siguió descendiendo el camino. Moría al borde
del agua. Llegó al límite azul y siguió su marcha unos segun -
dos, y unas circunferencias concéntricas fueron como enormes
bocas, lanzando sus lamentos hacia el cielo.

Antonio volvió a ver su Fuentefría con la rabia y verdade -
ra mirada de la muerte.

Santiago ONTAÑÓN.

CUADERNO DE POESIA

MANUEL ALTOLAGUIRRE

En la gran generación de poetas españoles de antes de la guerra, Manuel Altolaguirre significa la voz más joven, la más pura seguramente. De él se ha dicho y no sin razón, que es el prototipo del poeta angelical, ser predestinado naturalmente para la poesía, nuevo Shelley en un siglo más atormentado y confuso.

Nacido en Málaga, al filo del mar, su poesía absorbe poco a poco, desde sus primeras horas una cierta serenidad luminosa y brillante. Al mismo costado de las olas, Altolaguirre inicia su primera empresa literaria en aquella revista LITORAL, primera de su tiempo y a cuya sombra surgieron los primeros libros de los jóvenes poetas andaluces: Alberti, Lorca, Cernuda, Prados... Altolaguirre, siempre armado de su pequeña imprenta se sitúa en Madrid, marcha más tarde a Londres y en todas partes su taller va dejando tras sí una estela de revistas poéticas y ediciones inmejorables. En medio de este trabajo entusiasta alrededor del cual se agrupan los poetas que van imponiendo un nuevo orden, va labrando su poesía personal llena de una incomparable pureza y de una transparente sencillez. Poeta lírico, de extraordinaria vocación, extiende su obra en una playa matutina de dorada arena cordial y amorosa. Una parte de su obra, aquella que refleja el dolor ante la muerte de la madre, rompe inesperadamente la línea de lirica tierna y emocionada para dar paso a una voz cargada de acentos elegíacos. Pero siempre su poesía aparece igual; lúcida, adolescente, lírica y angelical.

I

Mi soledad llevo dentro,
 torre de ciegas ventanas.
 Cuando mis brazos extendiendo,
 abro sus puertas de entrada
 y doy camino alfombrado
 al que quiera visitarla.
 Pintó el recuerdo los cuadros
 que decoran sus estancias.
 Allí mis pasadas dichas
 con mi pena de hoy contrastan.
 ¡Qué juntos los dos estábamos!
 ¿Quién el cuerpo? ¿Quién el alma?
 Nuestra separación última,
 ¡Que muerte fué tan amarga!
 Ahora dentro de mí llevo
 mi alta soledad delgada.

II

El tiempo es una llanura
 y mi memoria un caballo,
 jinete suyo yo voy
 a oscuras por ese campo
 sin detenerme en recuerdos
 fugaces como relámpagos.
 Mi caminar por el tiempo
 tan solo tiene un descanso
 en el año de tu muerte
 -isla de luto y de llanto-.
 Plaza de mármoles fríos
 y luna yerta. Me paro
 deteniendo mi memoria
 desbocada con espanto.
 Junto al ciprés de tu sueño
 para verte descabalgo.
 No son recuerdos, que es vida
 y verdadero el diálogo
 que contigo tengo, madre,
 cuando aquí nos encontramos.

III

!Qué música del tacto
las caricias contigo!
Tus piernas frías, !qué agudos
sones dan a mi alma!
El calor de tu cuello
!qué acordes tan profundos!
!qué escalas de ternuras,
de durezas, de goces!
Nuestro amor silencioso
y oscuro nos eleva
a las eternas noches
que separan altísimas
los astros mas distantes.
!Qué música del tacto
las caricias contigo!

IV

Mírate en un espejo y luego mira
estos retratos tuyos olvidados,
pétalos son de tu belleza antigua,
y deja que de nuevo te retrate
deshojándote así de tu presente;
que cuando ya invisible sólo seas
alto perfume libre: alma y recuerdo,
junto al tallo sin flor pondré caídos
estos retratos tuyos para verte
como aroma subir y como forma
quedar abandonada en este suelo.

V

La muerte y las ausencias despoblaron
corazones y estancias. !Cuanto olvido
miserable y contento tras las puertas!
Si yo pudiera ser el que volviese,
el que ya nunca es esperado.
Quisiera entrar y darme con figura

diferente y amada en cada sitio
 Me asomo a las ventanas. ¿Me conocen?
 En la luz amarilla me sonríen.
 Se dan contra mi cara piel adentro
 el padre que se fué, el hermano o el hijo.
 Me asomo a las ventanas.

VI.

Estoy solo y no sé quienes
 están sintiendo mi ausencia.
 El teléono me dice
 el nombre de quien me espera
 y dejo el cuarto vacío
 igual que un cuerpo que sueña.
 Cuando yo no esté, otras veces
 circularán por las venas
 de alambre, brotando dentro
 de un corazón sin respuestas.
 ¡qué voces desfallecidas
 encontraré cuando vuelva!
 Tejerán un aire espeso
 enmudecerán sin fuerza
 y no sabré quién llamó
 y no sabré quien me espera.
 Solo estaré sin aquellos
 que estén sintiendo mi ausencia.

VII

Deja el vino en la mesa. Mira como
 un nuevo invierno de honda lejanía
 -leñas y nubes, sequedad y frío-
 insondable y fantástico aparece.
 Bebamos más. Que nuestras almas sean
 de cenizas y tul las que separen
 la infinita maraña de la muerte.
 Que entren en el invierno de la espina,
 que las telas de araña se desgarran,
 que el humo blanco y quieto se divida.
 Nuestra carne desierta sea olvidada

y se pudra insensible porque estemos
 en los grises castigos para siempre.
 Bebe, que el aire es ciego. Bebe y mira
 el hondo y crudo invierno dilatarse
 a sus nubladas luces sometido.

Condenado me entierro. Mi futuro
 un invierno insondable seco y frío.

VIII

Entre anoche y este día
 hay una frontera vaga,
 cual suspiro entre dos labios
 que estrecho se dilatara.
 Esta hora, este suspiro,
 no retrocede ni avanza:
 a mi derecha, a mi izquierda,
 como si fueran dos alas,
 se despliegan infinitas
 sus eternidades pálidas.
 Eternidades que están
 atravesando mi alma,
 que si no muere está herida
 por la primer luz del alba.
 Ya nada importa que el sol
 calcine estemas sembradas,
 o haga florecer destellos
 en las llanuras del agua,
 que mi vida se detuvo
 en aquella madrugada,
 espuma de luz y sombra,
 momento que no se acaba.
 Aquí lo tengo presente,
 aquí reluce su raya,
 barandal por donde miro
 el abismo de la nada,
 gris horizonte que borra
 lo que yo más adoraba.
 Quien murió vive entre brumas
 en la niebla de mis lágrimas.

IX

(Shelley)

El agua vengativa desde el lago
en donde recibió a la voluntaria
se alzó como un espíritu gigante
como hijastra de un mar enfurecido
como hermana menor de las tormentas
después de concebir segunda muerte.
Ya había gozado del postrer aliento,
ya fué sepulcro líquido y sudario
y niebla quiso ser, nube irritada,
bélica lluvia para su enemigo.
Años llevaba cabalgando el viento
desmayada en los trigos y rosales,
balbuciente en arroyos y humillada,
cuerpo vago del alma de Enriqueta
cuando tomando forma más precisa,
al divisar el fugitivo amante,
en sus mejillas reflejó la aurora;
todo el mar levantó con sus suspiros
enemistando al viento en las alturas
y en un lecho de espumas y odio amargo
cubrió con su silencio y con sus quejas
al solitario náufrago perdido.
En brazos de un espectro que era tálamo,
enamorada yedra y tumba fría,
Shelley perdió su libertad muriendo.

A la sombra de los clásicos

FANTASTICAS ESCORIAS
EMINENTES

-ó-

EL TIRANO

por DON FRANCISCO DE QUEVEDO

I

TIEMBLA ESCONDIDO EN TORRES EL TIRANO...

Desembaraza Júpiter la mano,
derrámanse las nubes sobre el suelo,
Euro se lleva el sol y borra el cielo,
y en cieno y en invierno ciega el llano.

Tiembla escondido en torres el tirano
y es su guarda su muro y su recelo;
y erizado temor le cuaja en yelo
cuando el rayo da música al villano.

!Oh serena virtud! El que valiente
y animoso te sigue, en la mudanza
del desdén y el halago de la gente,

se pone más allá de donde alcanza
en vengativa luz la saña ardiente,
y no del miedo pende y la esperanza.

II

... PUES POR DE DENTRO ES TRAPO Y ES FAJINA.

¿Miras ese gigante corpulento
que con soberbia y gravedad camina?
Pues por de dentro es trapos y fajina
y un ganapán le sirve de cimientto.

Con su alma vive y tiene movimiento,
y adonde quiere su grandeza inclina;
más quien su aspecto rígido examina
desprecia su figura y ornamento.

Tales son las grandezas aparentes
de la vana ilusión de los tiranos:
fantásticas escorias eminentes.

¿Velos arder en púrpura y sus manos
en diamantes y piedras diferentes?
Pues asco dentro son, tierra y gusanos.

III

NO TE GOBIERNAN TEXTOS, SINO TRATOS...

Las leyes con que juzgas, ¡oh Batino!,
menos bien las estudias que las vendes;
lo que te compran solamente entiendes;
más que Jasón te agrada el Vellochino.

El humano derecho y el divino,
cuando los interpretas, los ofendes
y, al compás que la escoges ó la extiendes,
tu mano para el fallo se previno.

No sabes escuchar ruegos baratos,
y sólo quien te da te quita dudas;
no te gobiernan textos, sino tratos.

Pues que de intento y de interes no mudas,
o lávate las manos con Pilatos,
o con la bolsa ahórcate con Judas.

IV

... Y HAS VUELTO LAS BALANZAS HOMICIDAS.

Arroja la balanza, sacra Astrea,
pues que tienen tu mano embarazada,
y si se mueven, tiemblan de tu espada,
que el peso y la igualdad no las menea.

No estás justificada, sino fea;
y, en vez de estar igual, estás armada;
feroz te ve la gente, no ajustada;
¿quieres que el tribunal batalla sea?

Ya militan las leyes y el derecho,
y te sirven de textos las heridas
que escribe nuestra sangre en nuestros pechos.

La Parca eres fatal para las vidas:
pues lo que hilaron otras has deshecho
y has vuelto las balanzas homicidas.

V

¡ARMAS QUEDAN AL PUEBLO DESPOJADO!

Yú ya, ¡oh ministro!, afirma tu cuidado
en no injuriar al mísero y al fuerte;
cuando le quites oro y plata advierte
que le dejas en hierro acicalado.

Dejas espada y lanza al desdichado,
y poder y razón para vencerte:
no sabe pueblo ayuno temer muerte;
armas quedan al pueblo despojado.

quien ve su perdición cierta, aborrece,
mas que su perdición, la causa della;
y ésta, no aquella, es más quien le enfurece.

Ama su desnudez y su querella
con desesperación, cuando le ofrece
venganza del rigor quien le atropella.

VI

YA TE MIRO CAER PRECIPITADO.

Ya te miro caer precipitado,
y que en tus propias ruinas te confundes;
que en ti propio te rompes y te hundes,
entre tus chapiteles sepultado.

Tanto como has crecido has enfermado,
y, por mas bien que los cimientos fundes,
mientras en oro y vanidad abundes,
tu tesoro y poder son tu pecado.

Si de los que derribas te levantas
y si de los que entierras te edificas,
y en amenazas propias te adelantas.

Medrosos escarmientos multiplicas;
lágrimas tristes, que ocasionas, cantas:
!son tu caudal calamidades ricas!

NOTAS DE LECTURA

LOS MILLONES, por MAMIN SIBIRIAK.- Eugenio Montes, a quien muy justificadamente se le puede aplicar la famosa frase: "Es un tonto adulterado por el estudio", en un reciente artículo llamaba purulenta a la literatura rusa. Produce asco que un escritor como Montes, que es de los pocos literatos españoles que se han asomado al extranjero, en un insincero alarde de partidismo, diga semejante disparate de un pueblo como Rusia en que la actividad literaria ha sido tan intensa, tan copiosa y tan profunda. Halagar las pasiones políticas dominantes lanzando absurdos como el que señalo es tan grotesco como si los librepensadores o ateos calificáramos de idiota a San Agustín o tildáramos de insignificantes a Teresa de Cepeda, Fray Luis de Leon o el mismo y mas cercano a nuestra época Balmes.

Se puede no ser comunista -yo no lo soy aunque tal ideología merezca todas mis simpatías y admiración- y aceptar muy complacido el talento de sus pensadores y artistas; como se puede ser un puritano en la conducta y deleitarse con Baudelaire, Oscar Wilde o las odas en que Virgilio pinta la aberración erótica de dos pastores.

¿Por qué digo todo esto al hablar de "Los millones", de Sibiriak?. Para ser sincero consignaré que obedezco a un incoercible deseo de meterme con Eugenio Montes y de llamarle tonto aunque en realidad mas que tonto es otra cosa mucho peor cuanto mas talento y cultura se tiene. Y si en la presente ocasión la oportunidad viene "como pedrada en ojo de falangista", porque al

fin y al cabo "Los millones" son cosa rusa, igual hubiera hecho y dicho si las notas de lectura se refirieren a las coplas de Calanços o a una de esas cursilerías que escribe "el glorioso y Excmo. Señor Don José María Pemán, director de la Real -¿por qué Real si no hay realeza?- Academia de la Lengua.

La novela de M. Sibiriak, "Los Millones" ofrece el panorama lleno de encanto y de belleza, a veces belleza trágica, de una ciudad de los Urales con su aristocracia llena de prejuicios y salvajes egoísmos, de sus grandes industriales y mineros, de miseria y de opulencia, de vicios y virtudes.

Sin pretensiones de moral social, sin ahogar la trama dentro del marco, -lo que siempre implica limitación-, de una ortodoxia política, "Los Millones" es una novela que hace vibrar nuestra sensibilidad humana herida por el dolor de los parias, de aquellas masas anónimas, mártires constantes de las altas clases que tienen con los humildes una alta deuda histórica.

Y así Privalov, el rico heredero moscovita cuyos antecesores representan una serie de opresores del pueblo llenos de vicios y autores de tantos y tantos crímenes, siente el anhelo de pagar su deuda hasta donde sus fuerzas alcancen, y Nadia, la hija del rico minero, educada en un ambiente ferozmente austero y asfixiante, lucha y acaba por redimirse de él entregando libremente su cuerpo y su alma al hombre bueno y digno que la quiere.

La vida de la sociedad rusa de los Urales está expuesta con un arte y un sentido de humanidad que a veces recuerda al colosal Carlos Dickens. Hay páginas como

las que nos muestran unas delegaciones de bachkirs, los pobres campesinos de las estepas, expoliados infamemente por los grandes señores. El corazón de Privalov se siente oprimido al contemplar el aire resignado de aquellos semisalvajes y al escuchar, como única apelación, las palabras del viejo Kochilda: "No tener tierra..., no tener caballo, no tener pan..., Los niños morir de hambre... Alá verlo todo... Alá te lo pagará, señor".

Y mientras millares y millares de seres esqueléticos parecen famélicos, la nobleza y la plutocracia rusa, la vernal burocracia, las clases privilegiadas sumidas en la crápula intrigant. se degradan.

Administradores de fuertes empresas roban a mansalva, las mujeres comercian con sus encantos lanzadas por sus propios maridos, la avaricia de unos y la estéril prodigalidad de otros van destruyendo la sociedad. El propio protagonista está a punto de ser tragado por la vorágine cuando acude a la feria de Irbit que tiene caracteres no de bacanal romana sino desenfrenada orgía en que Asia y Europa se dan la mano en una innoble emulación de barbarie e inmoralidad.

No para satisfacer al lector y no perjudicarlo en su pacífica digestión, sino porque la fuerza del bien y la rectitud de conducta triunfan siempre, la novela acaba bella y humanamente, y la bondadosa Nadia y el generoso Privalov acaban por reunirse, cuando el destino parecía haberlos apartado para siempre y juntos, fuertes y románticos, van pagando la deuda histórica que pesa sobre ellos como un hermoso grito de la conciencia.

A de L.-

LOS MILLONES, por MAMIN SIBIRIAK.- Mamin Sibiriak es sin duda un gran novelista. Sin embargo, "Los Millones" es la primera y única novela que yo he leído de este excelente autor. En las actuales circunstancias que ejercen manifiesto influjo sobre nuestro espíritu, tiene un gran valor el poder decir, que en ningún momento he sentido cansancio

tedio, o falta de interés en su lectura. Todo lo contrario. "Los Millones" es una de estas novelas, pisando cuyo umbral, es muy difícil abandonar una vez dentro del recinto a que desemboca. Y este recinto, amplio y vasto, en que gustosamente nos sumergimos desde las primeras páginas, es la vida en los Urales. Ante nosotros, con gran fuerza de color y sabor ambiental y costumbrista, Sibiriak va abriendo una tras otra las puertas de los hogares de los ricos propietarios de minas de oro, fundiciones metalúrgicas, y de todos aquellos que viven beneficiándose con la explotación conjunta de las riquezas del subsuelo, y de la energía humana suministrada por obreros expoliados al máximo, y primera materia en sus pingües negocios.

Suavemente, pero profundizando todo lo necesario para llegar a la percepción de los matices hace discurrir ante los ojos del lector, curioso de penetrar en la vida de países lejanos y extraños por temperamento y civilización, todo un mundo solo conocido a través de otras obras pero en las que seguramente no está con tanta realidad ni pareja sobriedad plasmado.

A mi parecer es una obra sencilla en su estilo, sin pretensiones. Pero clara y no exenta del sentimiento preciso para dar vida real a todo lo que tan maravillosamente se describe, y presto a la crítica se expone al desnudo en la mesa de disección.

Así, surgen invariables de un hogar a otro los mismos salones pretenciosos de la élite provinciana y ricachona de Uzél. En ellos, en los que es de buen tono no hablar francés, símbolo de admirativa deferencia hacia la cultura occidental tan opuesta a la suya, afloran tras portados por temas triviales y frívolos, siempre bajo espesa capa de hipocresía encubridora, la turbidez fraudulenta de la vida de los múltiples Lajowsky, Polovodov, Bajarev (hijo), etc, cabezas visibles en la más encofetada sociedad de Uzél. Cubiertas por este manto dorado y orgiástico tienen lugar las grandes fiestas en las que por otra parte se pone de manifiesto en algunos momentos un gran refinamiento, aun en aquellos en

que los instintos de animales no civilizados se desatan locamente.

De espléndida hay que calificar la descripción de la feria de Irbit, en la que se dan la mano Asia y Europa según Sibiriak. Esta parte de la novela tiene personalidad propia y destaca sobre el resto. El dinero, la locura, el frenesí, corren voluptuosos en pugna sostenida hasta el agotamiento total en esos días. Irbit se convierte en un hormiguero agitado y ebrio. Todas las pasiones tienen un hueco para levantarse con toda su potencia salvaje. Feriantes y vividores, borrachos todos ellos con la largueza de su dinero abundante, se mezclan promiscuamente con ricos mineros y grandes propietarios de minas y comerciantes. El juego y el desenfreno presiden.

Sibiriak vuelca en estos capítulos todo su conocimiento sobre estas turbulencias, que sus ojos han vivido, y "el capital sin careta, despojado de la civilización con que se reviste en las casas de banca, oficinas mercantiles, etc", es lo que nos ofrece con una superabundancia de poder descriptivo en estas páginas.

El personaje central, Sergio Alexandrovich Privalov, es el millonario cuyos millones titulan la novela, y son causa de muchos tejes y manejes de las celestinas uzelianas. Pero aunque fuertemente arraigado en él su origen y es píritu de hombre de las estepas, permanece frío y al margen de la sociedad en que debiera sentirse como pez en el agua. Sibiriak nos pinta un hombre sensible e iluminado por un ideal de redención. Su más noble aspiración es la de reivindicar para los pobres bachkirs lo que sus antecesores robaron. Las fundaciones de Chatrov, de las cuales es heredero, están cimentadas sobre una injusticia social que él no puede olvidar nunca. Y si en algún momento sintiera desfallecer sus energías en su lucha para rescatar de los sinvergüenzas redomados de sus tutores, Lujovsky y Polovodov, a los que la corrupción tremenda de los organismos competentes de San Petesburgo favorece, la gran industria y restituir a los obreros lo que

con justicia les corresponde, fortalece su idea en su visita al centro industrial, al contacto con esos seres, que padecen hambre y miseria encabezados por Kochilda: "No tener tierra, no tener caballos, no tener pan...etc". Y este fantasma, reaparecido en sueños, le indica inflexible su misión en la vida.

Los demás personajes, todos conseguidos, completan el cuadro. Lujovsky emula con éxito a "L'Avare". Es un tipo curioso al que la compra de una nueva escoba estremece y hace temblar esperando su ruina inmediata. Es perfecto en su continuidad de carácter. Polovodov, pillito impenitente también, que carece de todo sentido moral fuera y dentro de su casa, ya que por servir a sus intereses es capaz de utilizar a su mujer en la consecución de sus deseos tortuosos. El viejo Bajarev, buscador y explotador de minas de oro, pero honrado y fiel a la tradición en la estrechez de sus principios que le harán un día expulsar a su hija del hogar precisamente por ello.

Y toda la novela, de gran belleza sentimental se desliza en este tono amable. Los amores de Privalov por Nadia, desgraciados y zozobrados definitivamente en su matrimonio con la hija de Lujovsky, una Zosia hueca y caprichosa, sufren tormento solo esporádicamente aliviado con los amores adulteros que le unen a Antonida Ivanovna, esposa de Polovodov.

Nadia, hija de Bajarev, antiguo tutor de Privalov hoy desplazado, es un espíritu selecto y deliciosa como un manojo de rosas frescas. Está enamorada de Loskutov el ingeniero. Es la gran desilusión de Privalov. Arrojada de su hogar en el que vive como rama desgajada, se marcha a vivir con Loskutov y su hija Mania. Pero al fin todo tiene el desenlace que a través de toda la obra llega uno a desear.

Y es Loskutov sin ser el personaje central, el valor más firme e idealizado. Por eso lo he dejado para el último. Como todos los que buscan incansables luchando por la causa, un mundo mejor, en trega su vida de cristal puro consumido por las inquietudes que le corroen. Es en su boca en la que toman cuerpo las más bellas frases: "He visto la realización

del gran sueño de la humanidad. Todos felices...Ni pobres ni ricos, ni sanos ni enfermos, ni buenos ni malos...Es tan sencillo que no comprendo cómo no se ha resuelto el problema hace tiempo...Lo principal es la armonía, como en una orquesta. Sin armonía entre los instrumentos, no hay música posible. Con la humanidad pasa lo mismo. La humanidad es una orquesta en que cada instrumento suena en completa discordancia con los demás. Necesita un buen director, un espíritu superior, que cree una religión capaz de reunir en su seno, a todos los hombres, a todos los pueblos".

Y este hombre, muere en la primavera, desesperado, loco en su impotencia después de haber penetrado la niebla que velaba la solución del mas arduo de los problemas.

J. ROMEO.

PARADOX REY, por PIO BAROJA.- Hace mucho tiempo, era casi niño, lei esta novela y me produjo una maravillosa impresión. Para mí no existían entonces mas que aventuras en mar o en tierra, y todo aquello que tuviera por escenario el Africa misteriosa, captaba inmediatamente todas mis simpatías. Incapaz de darme cuenta exacta de lo que leía, tuve para mí que "Paradox Rey" era la flor de las maravillas.

Hoy, vapuleado por la vida, con una experiencia si no muy larga muy intensa, a biertas las heridas de nuestra sobrehumana lucha, su lectura, lejos de impresionarme gratamente me ha dejado mal sabor de boca. Los cantos al individualismo exaltado, el odio a toda idea de solidaridad, el desprecio por los sistemas políticos que aparece en las obras de Baroja tienen que ser duros golpes para nosotros. Y aun mas, si como en este caso sucede, la vida del autor y sus palabras están en una contraposición tan evidente, tan insultantemente clara. Contraposición que, para colmo de males se resuelve en sentido opuesto a nuestra manera de sentir. La crítica repetida de todos los regímenes políticos y aumentada especial y burlonamente en aquellos que signifiquen o quieran significar la liber-

nifiquen o quieran significar la libertad del hombre, situandose el autor encima de ellos, mas lejos, contrasta con la actitud que ha adoptado don Pío Baroja, situandose al lado de "estas especies de militares vestidos de uniforme, con toda una quincallería de cruces y de placas en el pecho".

¿Cómo puede don Pío compaginar los comentarios finales de "Paradox Rey", ante los procedimientos del ejército francés, no por ser francés sino por ser ejército, en su conquista de Bu-Ta, con su asistencia a los nacionales que emplearon idénticos procedimientos durante la pasada guerra. ¿Qué se hizo de sus acres y amargas lamentaciones ante la matanza de los pobres negros mandingos?. ¿No se ha acordado nunca de sus palabras cuando Eibar y Guernica, Tortosa y Nules desaparecían bajo los explosivos nacionales?

Llegado era el momento de haber puesto de manifiesto su descontento, su desilusión ante la labor civilizadora. ¿No se da cuenta don Pío de que en la guerra española, nosotros hemos sido los naufragos de la "Cornucopia" educando levantando España, y ellos los extranjeros que vinieron a deshacerlo todo?

Por esto, no he podido por menos de pensar que Pío Baroja es profundamente falso en estas sus afirmaciones. Ojalá lo sea tambien en las que un día le llevaron a situarse al lado del "orden".

Al menos no podrían alabarse de contar en sus filas con tan magnífico novelista.

Hoy por hoy hay que creer que el final de "Paradox Rey", su aguda sátira sobre el ejército, se escribiría de manera muy distinta en la actualidad. Para él, el Ejército es hoy "la escuela de todas las virtudes, el amparador de todos los derechos".

¿Donde quedó su panteísmo, donde su anarquismo, donde la felicidad de un pueblo?

A. R.

